

ción, pero tampoco es necesario atribuirle su invención absoluta y eternizarlo así en la infatuación yoica por la cual se disculpó en su momento, porque en verdad es lo que acontece cada vez que alguien se hace cargo de *un decir que no se olvida tan rápido tras lo que se dice de lo que se oye*, sin esperar retribuciones o capitalizaciones de ningún tipo. Más que la “función autor” de la que habló Foucault, que puede irle acoplada o no, es la constitución de un sí mismo que

prescinde de la hiperinflación narcisista porque ha encontrado la economía libidinal justa a su deseo; es el decir verdadero del parresiasta del que también habló Foucault en sus últimos seminarios: el anudamiento entre lo ético, lo político y lo epistémico en un solo gesto de amor por la verdad.

En definitiva, estoy a favor de una política de los nombres propios que formen constelaciones, es decir, donde se valoren las composiciones, los trazados singulares de relaciones y configuraciones entre varios puntos luminosos y no que estos brillen solos en el firmamento estelar o en el parlamento gubernamental. Está sucediendo una maravillosa convergencia entre varios pla-

nos: político, cultural, ideológico y teórico, a partir de la cual entender la lógica de las constelaciones y el brillo propio de cada punto luminoso en simultáneo resulta clave, antes de hundirnos en la oscuridad total.

Puede parecer un asunto menor, pero los modos de subjetivación y de decir la verdad, de asumir un nombre propio, son clave a la hora de anudar la potencia colectiva a todo nivel. No podemos retroceder en ese punto crucial, porque es por ahí mismo donde se inmiscuye la estrategia de de-potenciación del adversario (condición de posibilidad de implantación de la posverdad generalizada).

Qué? hacer



En definitiva, estoy a favor de una política de los nombres propios que formen constelaciones, es decir, donde se valoren las composiciones

Extrema tensión

DIEGO SZTULWARK

La pregunta *¿qué hacer?* remite, en la tradición leninista, al análisis de la situación concreta y al diseño de un dispositivo de intervención revolucionaria. Volver a plantearla supone caracterizar la situación presente y relevar lo que entendemos aquí y ahora como dispositivos de acción. La peculiaridad de la iniciativa, hecha por una revista de filosofía, invita a enfocar esta cuestión desde las formas singulares de implicación que experimentamos entre teoría y política. Imposible realizar este ejercicio sin partir de la extrema tensión que caracteriza la coyuntura actual como crisis de la democracia en la región sudamericana, sobre todo cuando se considera el proceso venezolano y el brasileño. Bajo esa perspectiva, es necesario enfocar la discusión sobre la conformación de un frente antineoliberal en la Argentina capaz de bloquear la iniciativa del gobierno de Cambiemos. Un frente así, no obstante, sólo tiene sentido si es capaz de poner en práctica una experiencia nueva, superadora en todo sentido de las formas de mediación precarias que caracterizaron a los gobiernos kirchneristas. La enorme movilización social ocurrida durante los años del macrismo, con una rica genealogía que proviene de la crisis de 2001 (y hasta de las luchas contra el terrorismo de Estado), señala las pistas a partir de las cuales conformar un suelo nutricional para una transformación constitucional de fondo, una vez que ha quedado claro que no hay lugar para acuerdos consistentes con las elites, cuya agresividad está a la vista.

* * *

Coyuntura argentina

Si el 2001 reveló la potencia de unas subjetividades de la crisis –mo-

vimientos colectivos capaces de atravesar la crisis y de desplegar saberes de reproducción y lucha durante la misma— sin lograr dar cauce político duradero y consistente a toda esa energía y esa inteligencia, y si los años del kirchnerismo mostraron los límites que impone la ambivalencia de una voluntad de inclusión social incapaz de desplazar las restricciones impuestas por la reestructuración neoliberal desde la acción estatal, la coyuntura actual se caracteriza

por la crisis de la iniciativa política del partido neoliberal. En efecto, luego de más de un año de fase optimista utópica —tiempo durante el cual el presidente prometió lluvia de inversiones, mientras el estudioso de mercados políticos Durán Barba medía cada milímetro de las preferencias y del comportamiento del electorado, y el filósofo-coaching ontológico del gobierno Alejandro Rozitchner difundía entusiasmo (período en el cual, a pesar de los asesinatos de Santiago Maldonado y Rafael Nahuel, se discutía dentro de cierto progresismo si el gobierno de Macri era parte de una “nueva derecha democrática”)—, llegó por fin la crisis que obedece a la siguiente secuencia: el 17 de diciembre de 2017, la contundencia de la movilización social consolidó una comunicación entre el movimiento de la calle y la acción parlamentaria —aún cuando no logró frenar la reforma de las jubilaciones—, y logró bloquear parcialmente el programa gradualista de reformas del gobierno a solo dos meses de su victoria en las elecciones parlamentarias. A este bloqueo parcial le siguieron la violenta corrida

cambiaria, los acuerdos con el Fondo Monetario y la operación anti-corrupción de los cuadernos, quedando el gobierno sin candidato presidencial en firme y a la espera de llegar a las próximas elecciones como único recurso para renovar su menguada legitimidad en vistas a una ofensiva que, gracias a las luchas de los derechos humanos y a la desarticulación del partido militar, debe desplegarse por medios parlamentarios.

A la luz de la situación en Venezuela, se hace clara la acción geopolítica del gobierno de los EE.UU. para recuperar el protagonismo de

sus empresas en el proceso de acumulación de los países de la región en su competencia con China; al mismo tiempo, el proceso brasileño evidencia la relación entre la acción de las derechas conservadoras dentro del Estado de derecho y prótesis de elementos fascistas como modo de empleo de la violencia para gestionar la crisis y aplicar el programa neoliberal de privatizaciones, reducción de salarios y depredación de bienes naturales. En ambos casos, la democracia como proceso de participación popular queda bloqueada o anexada a los mecanismos plebiscitarios puestos en acción por las grandes cadenas de comunicación y el uso de las redes sociales.

Hay una constante que se sostiene desde 2001 hasta 2019: la presencia silenciada, en los discursos políticos habituales, de un suelo plebeyo cuyos principales rasgos visibles aparecen en la disputa por el consumo y en las paritarias callejeras que cada tanto irrumpen bajo la forma de la acción colectiva de los trabajadores sin convenio (movimientos piqueteros, diciembre calientes, trabajadores de la economía popular). Esa presencia, que desmiente tanto el ideal neodesarrollista de pleno empleo como la ideología del emprendedurismo, sigue actuando como fuerza centrípeta en los momentos de crisis y en las luchas que desafiaron a los poderes estos años, de modo ejemplar el movimiento de mujeres.

La importancia de esta movilización es tanto más relevante cuando se toma en consideración que fue la presencia callejera, y no la de los partidos políticos, la que logró frenar, moderar o postergar algunas de las peores iniciativas de estos últimos años (como sucedió de modo contundente con el 2 x 1).

Maquiavelo y el frente antineoliberal

La exigencia de un frente antineoliberal que impida que el gobierno actual retome la iniciativa, sea con el mismo personal o con variantes, resulta inseparable entonces de una lectura crítica de las teorías populistas y de los modos de gobierno que no solo precedieron la ofensiva de la derecha neoliberal sino que además no lograron limitarla. Quizás la mejor manera de revisar esa teoría política, esa concentración de la apuesta política en el exclusivo campo del Estado, esa creencia en la representación política y esa falta de voluntad para cuestionar las estructuras del capitalis-

Qué? hacer



En ambos casos, la democracia como proceso de participación popular queda bloqueada o anexada a los mecanismos plebiscitarios puestos en acción por las grandes cadenas de comunicación y el uso de las redes sociales.

mo argentino, puedan ponerse en juego a la hora de discutir una reforma de la constitución.

Si estos años hemos aprendido de las lecturas de la izquierda foucaultiana que el neoliberalismo es también un conjunto de micropolíticas que organizan desde su interior los tejidos y las estrategias vitales (no hay resistencia al neoliberalismo que no pase por la cuestión de la transformación de los modos de vida), quizás sea oportuno

recordar también la enseñanza de la izquierda maquiaveliana del siglo XX. Autores tan leídos entre nosotros como Antonio Gramsci, Maurice Merleau-Ponty, Claude Lefort, Louis Althusser o Toni Negri asociaron al *príncipe* con la capacidad colectiva de actuar a partir del conflicto desplegado por quienes no desean obedecer, concibieron lo político como un dispositivo de conocimiento basado en la práctica y en una concepción abierta de la historia, y enseñaron a identificar en las luchas un potencial cognitivo a desplegar por medio de la invención de nuevas instituciones. La república misma, enseña Gabriel Albiac, es para Maquiavelo el poder de los pobres para imponer lo público al partido de los ricos.

La república misma, enseña Gabriel Albiac, es para Maquiavelo el poder de los pobres para imponer lo público al partido de los ricos.



Este republicanismo de izquierda, que situaba la división social como punto de partida de lo político, fue retomado por la filosofía radical del deseo de los años setenta como parte de la conformación de nuevos horizontes ante la crisis del socialismo real y en plena reestructuración de las relaciones capitalistas. Neutralizadas en su inmediatez política por el aplastamiento de las rebeliones de los ochenta y los noventa, aquellas filosofías plantearon consideraciones metodológicas útiles –esto sucede en libros como *Mil mesetas* o *¿Qué es la filosofía?* de Deleuze y Guattari– para desplazar la subjetividad revolucionaria del modelo del militante de partido al de los más plebeyos temblores de la tierra (la constitución de una “nueva tierra”).

Entre los diferentes protagonismos que recorren la crisis, el discurso filosófico se encuentra ante la exigencia de elaborar, en el nivel de los conceptos que le es específico, aquello que las luchas del país y de la región ponen en juego en las calles. Esta pluralidad de subjetividades de la crisis ha superado el marco categorial de las

“demandas” articulables de la teoría populista, inventando modos de hacerse cargo de la existencia colectiva e individual. ¿Es posible conectar esta nueva tierra con la discusión programática antineoliberal? Esta pregunta es clave, porque una alianza nacional con eje en el peronismo que restaure el sueño pre 2001 de la reforma institucional y de la autonomía de lo político no hará más que volver a mostrar su impotencia ante los mecanismos de acumulación financiera reforzados por el endeudamiento de estos últimos años.

Es probable que el frente antineoliberal sea menos un instrumento electoral y más una iniciativa constitucional que pudiera ser protagonizada por las diversas vertientes políticas, sindicales y sociales que asumen neutralizar, como premisa urgente, la tecnología liberal de la representación en el plano jurídico y de la representación capitalista del valor que las finanzas realizan de la actividad social. Efectivamente, un primer bloqueo a la salida del neoliberalismo en nuestros países viene dado por el rango constitucional del a priori de la propiedad privada como matriz central de la racionalidad del Estado. Una reforma de la constitución (contemporánea a la formación de una nueva tierra) debería remover –aquí juego con conceptos del libro *Marx y Foucault*, de Negri, que nos puede inspirar en lo inmediato– este primer bloqueo constitucional a la producción; y la innovación, la expansión de la riqueza social, depende del acceso a los bienes comunes (recursos naturales, conocimientos, información, infraestructuras). Esto implica una nueva atención a las condiciones en que los humanos producimos humanos (*welfare*), un pensamiento radicalmente alternativo al que sostiene las condiciones actuales fundadas en las exigencias de la renta financiera. De manera correlativa, en segundo lugar, una constituyente debería plantear también el problema crucial del papel del conocimiento en la producción social, absolutamente estratégico a la hora de la formación del común en torno al mundo laboral, las comunicaciones, las universidades y el mundo educativo y cultural como dinámicas de valorización e integración de lo social mismo. Este punto adquiere una importancia coyuntural de primer orden, además, en la confrontación con los neofascismos y populismos de derechas, puesto que sin la expropiación de los instrumentos de producción y comunicación capaces de elaborar verdades comunes, el entero mundo de la esfera pública queda soldado al poder de las finanzas. En tercer lugar, y de modo simultáneo, es imprescindible implementar –en nuestra hipo-

tética constituyente— políticas de democratización de las finanzas, orientadas a la producción de lo social como tal, rediseñando los bancos pero también los mecanismos de inversión. Tomar el poder sobre la moneda e imaginar inversiones no dominadas por la noción de la ganancia. En cuarto lugar, se implementaría una descentralización federalista del poder lo más pegada posible a los protagonismos de base. Y, en quinto lugar, esto es clave, una reforma de la comprensión

de la relación entre lo jurídico y lo político apta a la *adecuación continua* de los procesos formales y de gobierno a las modificaciones ocurridas en el sistema social (constitución material).

Sin la conformación de este tipo de dinámicas que potencien la movilización social en la toma colectiva de decisiones políticas, toda tentativa de pensar un nuevo rol del Estado se disolverá en impotencia retórica incapaz de dar fuerza material a todo el malestar y la resistencia que han impedido hasta aquí el triunfo estratégico que pretenden las fuerzas políticas neoliberales.

Qué? hacer



Sin la expropiación de los instrumentos de producción y comunicación capaces de elaborar verdades comunes, el entero mundo de la esfera pública queda soldado al poder de las finanzas

La carta de Cerdeiras

DAMIÁN SELCI

La militancia como método

Lo que hay que hacer en 2019: militar en política para que Cristina Kirchner vuelva a ser presidenta. Esto le cabe a cualquiera. Lo prescribe la misma coyuntura llamada crítica. Este año no va a alcanzar con la “práctica teórica” de Althusser. En todo momento, es preciso no sentir que se hace lo suficiente o lo que se puede. Lo único suficiente es vencer.

Pero la filosofía podría cargar con una tarea extra que vamos a calificar de generacional: la legitimación teórica de la militancia. De mínima, los gobiernos de Néstor y Cristina Kirchner produjeron un pensamiento: se puede ser militante y a la vez, al menos en cierto sentido, vencer. En otras palabras: el Estado no es necesariamente enemigo de la militancia (como parecía mostrar la historia reciente, con el terrorismo de Estado). ¿Será que la filosofía tiene, si quiere mirarlo, un nuevo objeto? Al revés. La militancia no es un objeto de análisis, es un pensamiento. Podríamos decir: una disciplina, un método. ¿Por qué la militancia no va a ser una disciplina, como lo son el psicoanálisis o la lingüística? En cambio, su lugar es usurpado por la ciencia política y/o filosofía política, que como dice Badiou representa un saber sobre la “República” (siempre entre comillas) carente de verdad. La ciencia política se ocupa del Estado y de los partidos, sus mecanismos institucionales, la sociedad y la opinión, sus alardeadas (y fofas, o neutras) “tensiones”, sin posibilidad alguna de comprender un enunciado político bello y terrible como el de Cristina el 25 de mayo de 2015, cuando la multitud le preguntaba, angustiada, qué iba a suceder cuando ella dejara el poder. Respondió: “va a pasar lo que ustedes quieran que pase”. Y esto no es ciencia política, es el método de la militancia.